

Sri Lanka o el tigre que se resiste a morir

Carles Casals*

SRI es una voz védica que significa prosperidad y buena suerte. La buena suerte, sin embargo, parece haber abandonado a Sri Lanka, un país que, desde su independencia en 1948, ha sufrido los embates de la violencia en sus peores formas.

Una sórdida guerra en la que se amalgaman ancestrales odios étnicos, incomprensiones religiosas e irreconciliables intereses territoriales enfrenta a la mayoría cingalesa con la minoría tamil. Y lo que es peor, no parece que la situación tenga visos de remitir.

A los cingaleses se les conoce como los leones porque su nombre original —*sinhala*— designa a dicho animal; los rebeldes tameses han asumido el nombre de tigres como una alusión a su fiereza y combatividad.

Leones y tigres —ambos animales, por cierto, inexistentes en la isla— no parecen dispuestos a compartir la fértil y rica tierra de Sri Lanka. En efecto, como si de una cruel metáfora se tratase, el tigre tamil y el león

* Periodista. Breda (Gerona).

cingalés se niegan a vivir juntos. Y en la disputa, las gentes de esta perla del Índico siguen muriendo.

Cingaleses y tamiles

SRI Lanka, el antiguo Ceilán, vive sumido en una pesadilla cuyas raíces, antiguas como el tiempo, han penetrado hondo en los corazones quebrados de los unos y de los otros. Son años, siglos, demasiado tiempo de dolor y desolación para un pueblo que no encuentra una vereda que le permita conjurar los demonios del odio, ni alcanzar el anhelado sueño de la paz.

Ante una realidad como la padecida hoy por los pueblos tamil y cingalés de Sri Lanka, las preguntas fluyen rápidas, pero es difícil responderlas: ¿Qué ocurre en Sri Lanka? ¿Acaso no es posible la paz? ¿Quizás el país es demasiado pequeño para sus 17 millones de pobladores? ¿Quiénes son los srilankeses?

Sri Lanka es una isla de 65.000 kilómetros cuadrados situada en el extremo Sur del subcontinente indio —el Dekkan—. La densidad de población puede considerarse alta ya que alcanza 257 habitantes por km².

La principal etnia de Sri Lanka es la cingalesa que conforma el 74% de la población. Descendientes de los indoarios llegados a la isla hace más de dos milenios, los cingaleses profesan mayoritariamente la religión budista. Por su parte, los tamiles representan el 18 por 100 de la población. Procedentes de la India, y mayoritariamente hinduistas de religión, se les considera la minoría más importante de un país al que llegaron poco después que los cingaleses. Existen otras minorías entre las que destacan los «moors», musulmanes de lengua tamil, que representan el 7% de la población; y los llamados *burghers*, descendientes de neerlandeses y portugueses. Por su parte, los primeros pobladores de la actual Sri Lanka eran los veddas, un pueblo que hoy ocupa las junglas centrales de la isla y del que apenas sobreviven varios miles de individuos.

Si hacemos un rápido repaso a la situación de la economía del país, no hay duda de que se trata de un territorio con importantes recursos; sin embargo, aunque se trata de un país exportador de té, caucho y piedras preciosas tiene, como tantos otros del llamado Tercer Mundo, un alto índice de pobreza, situándose entre los países más pobres del mundo con una renta per cápita inferior a los 500 dólares.

Como tierra, la belleza de las playas de esta isla y su riqueza histórica, plasmada en sus numerosos monumentos y ruinas arqueológicas, la han convertido en un destino turístico para cientos de miles de europeos y norteamericanos; aunque no se debe soslayar que, lamentablemente, Sri Lanka es conocida también por ser uno de los puntos de destino más apreciados del llamado «turismo sexual»: la prostitución infantil en la isla —fruto de la miseria en que viven miles de familias— ha alcanzado niveles alarmantes.

La historia de un conflicto

LA historia de Sri Lanka se ha construido sobre el conflicto que ha enfrentado a tamiles y cingaleses. Si bien ya en los primeros años de la Era cristiana, unos y otros pugnaban por el control de las mejores tierras insulares, la enemistad de ambos pueblos sirvió para que portugueses, holandeses e ingleses pudieran penetrar en aquel territorio. El imperio británico, por ejemplo, se apoyó en los tamiles para afirmar su control sobre el antiguo Ceilán frente a los entonces rebeldes cingaleses.

Hoy los enfrentamientos continúan. Las causas que secularmente azuzaron los odios —tierra, etnia y religión— no sólo no se conjuran sino que se agravan. Los tamiles, situados en los estratos sociales más bajos, fueron sistemáticamente marginados de las políticas sociales de los gobiernos que siguieron a la independencia de la isla. Ni siquiera tras la proclamación de la República de Sri Lanka, en 1972, por parte de la progresista presidenta Sirimavo Bandaranaike, se reparó en la necesidad de dar una salida a la marginación tamil. Y no sólo eso. La nueva república estableció, por una parte, unas leyes de ciudadanía que permitieron la repatriación forzada de cientos de miles de tamiles indios —llegados en el período de la Colonia— hacia el territorio hindú, y, por otra, las reformas constitucionales de 1972 convirtieron la isla de Ceilán en un Estado budista y con el cingalés como lengua oficial.

La respuesta por parte de los tamiles es su radicalización. En mayo de 1972, se forma el Frente Unido de Liberación Tamil (FULT), que unifica tres partidos tamiles: el Partido Federal, el Congreso Tamil y el pro-hindú Congreso de los Trabajadores de Ceilán. El FULT reclama en un principio la autonomía cultural y lingüística para su pueblo; sin embargo no

tarda en ir más lejos y reivindicar la secesión de las provincias del Norte y del Este.

En las elecciones de 1977, el Partido de la Libertad de Sirimavo Bandaranaike cae dando paso al Partido de la Unidad Nacional de Junius Richard Jayawardene. Jayawardene, aliado de Estados Unidos y apoyado por Israel, se irá quedando solo en el contexto regional: la India recela del pronorteamericano de Colombo; Indonesia y otros países musulmanes no ven con buenos ojos las relaciones con Tel Aviv; y la población srilankesa ve cómo la economía del país empeora por momentos.

A pesar de tener tantos enemigos, y con una violencia a nivel nacional in crescendo, el partido de Jayawardene revalida su mandato en las elecciones de 1982, en cierta manera gracias a la falta de una oposición estructurada y gracias, también, a que los comicios, en algunos distritos, se celebraron en un estado de emergencia.

Pero en 1983 la espiral de violencia se dispara. Lo que se conocería ya como una guerra étnica se muestra en todas sus dimensiones: 100.000 personas de la etnia tamil sufren directamente los embates de la guerra y de la represión gubernamental; 40.000 tamiles lo abandonan todo buscando refugio en el estado indio de Tamil Nadu y la guerra se cobra centenares de vidas humanas.

En 1984, tres de los cinco grupos de resistencia armada tamil crean el Frente de Liberación del Ealam Tamil (FLET) con el objetivo de adoptar sobre el terreno una estrategia políticomilitar conjunta para hacer frente a la intensificación de la violencia gubernamental e impedir el desarrollo del genocidio.

Con todo su horror, la guerra de Sri Lanka se convierte en un juego de venganzas donde campesinos cingaleses, ancianos, niños, hombres y mujeres indistintamente caen bajo las armas tamiles cargadas por el odio y la desesperación. Mientras que, por su parte, el ejército cingalés ni distingue ni parece querer distinguir o dar tregua a un pueblo —el tamil— cuya única culpa es la de ser minoría.

En este contexto de violencia ¿qué se ha hecho por poner fin a la guerra? Hasta 1987, el presidente Jayawardene se negaba sistemáticamente a negociar con los rebeldes tamiles. Esta postura ponía a su gran vecina del Norte, la India, en una situación de grave compromiso.

La India juega un papel clave en la posible solución al conflicto srilankés. Esta situación no debe extrañarnos si tenemos en cuenta que, por una parte, un genocidio tamil en Sri Lanka podría forzar a una interven-

ción masiva de Nueva Delhi presionada por los 50 millones de tamiles que pueblan el estado de Tamil Nadu, en el Sur del país. Por otra parte, una secesión en el Norte de Sri Lanka podría animar posturas del mismo tipo en Tamil Nadu y otros estados de la India.

Tampoco podemos olvidar que la India juega un papel de guardián a nivel del subcontinente, donde ha tomado cartas en los asuntos internos de Bangladesh, Nepal, Buthan, Maldivas e incluso de Pakistán... Y es que, en cierto modo, la India forma parte de los denominados «subimperialistas periféricos» con una clara política de injerencia en los países vecinos.

En el caso de Sri Lanka, antes de 1987, y con Indira Gandhi en el poder, la India se sentía inquieta por el pronorteamericanismo del régimen del Partido Nacional Unido de Junius Richard Jayawardene. Así que la Primera Ministra hindú no dudó en apoyar, a través de sus servicios secretos, la guerrilla tamil.

El gobierno de su hijo, Rajiv Gandhi, sin embargo, optó por buscar la paz en la isla. En efecto, la India participó en un primer intento de pacificación hace ocho años favoreciendo el Acuerdo de septiembre de 1987, firmado por los gobiernos de Nueva Delhi y Colombo y que, dicho sea de paso, no tuvo en cuenta a ninguno de los dos grupos étnicos en litigio.

Aquella paz hindú permitió el reconocimiento del Estado de Sri Lanka como un ente compuesto por una sociedad multiétnica y multilingüe, a la vez que favorecía la autonomía de las provincias del Norte. Para aplicar los Acuerdos de Septiembre, la India movilizó 60.000 de sus soldados en la Indian Peace Keeper Pacification con el objetivo de garantizar el alto el fuego y el respeto a los derechos de la población tamil.

Pero dos factores fuerzan la retirada de las tropas de Rajiv Gandhi del territorio srilankés. El primero es que se trataba de un acuerdo redactado a espaldas de la realidad social y no se tuvo en cuenta ni a cingaleses ni a tamiles, sino sólo los intereses de los Estados de Sri Lanka y de la India; el segundo es que las exacciones de la tropa india en las zonas «protegidas» convirtieron a la fuerza de pacificación en enemiga de la población civil.

Dejando aparte las violaciones constantes a los derechos humanos por parte de la armada india, en 1990, la India se retira de la isla ante la incomprensión de los cingaleses, que consideran que el Gobierno de Jayawardene se ha doblegado ante lo que consideraron una nueva manobra del imperialismo indio. Hasta tal punto llegó la crispación cingalesa que, en diciembre de 1988, y en un clima de extrema violencia, Rana-

singhe Premadasa llega al poder con la promesa de conseguir la retirada del ejército hindú.

Los cingaleses consideraban que la India estaba en su territorio para defender a los tamiles. La paradoja radicaba en que los tamiles tampoco querían a las tropas hindúes. Tanto era así que el ejército de Nueva Delhi sufrió más de mil víctimas mortales, caídas en emboscadas y disparos de francotiradores tamiles. Los «tigres» —los guerrilleros tamiles— insistían en que su futuro pasaba por la creación del Ealam Tamil, el estado independiente.

La guerra que no cesa

EN la actualidad, tras los encuentros entre el Primer Ministro indio, Narasimha Rao, y el canciller srilankés de origen tamil, Lakshman Kardirgamar, el pasado invierno, Nueva Delhi parece dispuesta a no intervenir en los asuntos internos de Colombo.

¿Podría existir alguna relación entre la gran ofensiva militar de Colombo contra Jaffna, de otoño de 1995, y los acuerdos entre el ministro de Exteriores de Sri Lanka y el Premier indio? Parece que Rao desea una paz justa en la isla y con los derechos de los tamiles respetados. Parece que el actual Gobierno de Sri Lanka, que preside la señora Chandrika Kumaratunga, había prometido un diálogo político con las distintas facciones tamiles llegando a sugerir una posible amnistía para todos los «tigres» que abandonasen las armas. Pero también parece que la promesa de no intervención por parte de la India ha animado un nuevo intento por reconquistar el territorio bajo control tamil. En cualquier caso, lo más verosímil es que la situación ha escapado al control de la presidenta del país.

Chandrika Kumaratunga llegó al poder en 1994 con el 62% de los sufragios en unas elecciones consideradas limpias. El gabinete de Kumaratunga ha incluido a representantes de las minorías tamil y musulmana con el objetivo de legitimar un proceso encaminado a restaurar la unidad de la isla a través del diálogo.

Pero los «tigres» tamiles, que desde 1990 tienen un Estado de facto cuya capital es Jaffna, para nada desean regresar a la situación previa al inicio de esta década.

Como si de una tragedia griega se tratase, la solución al conflicto no asoma por ninguna parte. Y con todo su horror, la guerra de Sri Lanka traspasó el umbral de la catástrofe cuando el pasado 17 de octubre el Gobierno de Colombo decidiera iniciar una ofensiva de tal magnitud que aplastara la rebelión de los tigres del Ealam Tamil.

El Ealam Tamil, la nación próspera de los tamiles de Sri Lanka, ocupa un vasto territorio de unos 20.000 km² en el Norte y Este de la actual Sri Lanka. Dos estratégicas ciudades se encuentran en este territorio: el puerto de Trincomalee y la ciudad de Jaffna.

Jaffna, una ciudad de 120.000 habitantes, en el extremo Norte de la isla, es, desde 1990, la capital del Estado tamil de facto y desde donde se administraba una nación de casi un millón de personas. La ciudad, ahora asediada, sufre desde 1990 un embargo que incluye gasolina, fertilizantes, baterías..., e incluso chocolate y galletas. Y hoy Jaffna es una ciudad fantasma donde, desmantelado ya el cuartel general de los Tigres de Liberación del Ealam Tamil, se espera el ataque final.

Hoy, como ya ocurriera en 1987, Jaffna y toda la región que la rodea ha sido testigo de una verdadera diáspora. Se calcula que el 65% de la población de la zona lo ha abandonado todo ante la inminente ofensiva final cingalesa.

El ejército gubernamental ha movilizado miles de soldados —se calcula la cifra en más de 30.000— y toda su maquinaria de guerra para terminar, de una vez por todas, con la rebelión tamil ocupando el principal bastión de los insurgentes: la ciudad de Jaffna.

La ofensiva sobre la capital de los «tigres», sin embargo, no pondrá punto final a un conflicto secular. Si cae Jaffna, los soldados cingaleses se convertirán en prisioneros de su propia victoria ya que no conocen el territorio y en víctimas fáciles de una guerrilla que sí lo conoce. Porque, nadie lo duda, la guerra no termina con la rendición u ocupación de la ciudad.

Sin embargo, con la caída de la capital, la situación daría un vuelco ya que variaría sustancialmente el modelo de enfrentamiento y la guerra acaso tomara un rumbo aún más cruento. Así lo han advertido ya portavoces de los «tigres» en Londres y Nueva Delhi.

El tigre tamil está herido, pero no de muerte. Y el triunfo del león cingalés será otra victoria pírrica que añadir a la larga historia del conflicto que enfrenta a dos pueblos.

El drama humano de medio millón de personas

LAS cifras indolentes de las agencias de noticias extraídas de partes oficiales o insurgentes, que una y otra vez han recordado que esta guerra ha provocado entre 37.000 y 50.000 víctimas mortales, informan sobre la existencia de más de medio millón de refugiados tamiles, gentes que lo han abandonado todo a la búsqueda de seguridad en otras partes del país.

En efecto, el drama, hoy, es el que, por este conflicto, padecen los más de 500.000 desplazados tamiles. La situación de todas estas personas ya ha provocado las primeras reacciones entre la comunidad internacional. El propio Secretario General de la Organización de las Naciones Unidas, Butros Butros-Ghali, solicitó más ayuda para los refugiados en un mensaje en el que pedía «no minimizar el sufrimiento de estas gentes».

La Cruz Roja Internacional aseguró el pasado mes de noviembre que ya no había espacio para el creciente número de refugiados. Según este organismo internacional, la situación es desoladora en las ciudades. En ella, mujeres con sus hijos pequeños deben soportar a la intemperie los intensos monzones, y añaden que muchas madres están teniendo sus bebés en la calle.

En este contexto desolador, el Gobierno de Colombo ha afirmado, ante los medios de comunicación, que puede controlar la situación de crisis humanitaria provocada por el recrudecimiento de la violencia en el Norte, y, a su vez, el mismo gobierno ha restringido el trabajo humanitario de organizaciones no gubernamentales extranjeras. El propio ministro de Exteriores, Laksham Kadirgamar, tras poner en duda la imparcialidad de las ONG internacionales, dijo que no se permitiría, ni siquiera a las Naciones Unidas, llevar a cabo operaciones independientes de carácter humanitario.

El titular de Exteriores srilankés hizo afirmaciones tales como que las organizaciones internacionales de ayuda que deseen facilitar alimentos, medicinas y otros materiales a los refugiados deberán hacerlo a través del gobierno. Y argüía que «había razones para pensar que algunas organizaciones internacionales no eran imparciales».

En definitiva, hoy, el Gobierno de Sri Lanka, desbordado por los acontecimientos, ha negado a los tamiles el derecho humano a ser protegidos por organizaciones independientes.

Cruel realidad y funesto el futuro inmediato, para los asediados tamiles, para el medio millón de refugiados; para los muertos de Jaffna no hay lazos blancos. En un ignominioso olvido, el drama de Sri Lanka apenas merece unas líneas ocasionales en la columna de breves de algún medio de comunicación.

¿Qué futuro para Sri Lanka? ¿Qué futuro para los tamiles? ¿Quizás dos mil años más de muerte y desolación? ¿Quizás el exterminio total de un pueblo, el tamil de Sri Lanka, en ese vergonzante silencio? Quizás la comunidad internacional debiera entender que si el tigre y el león no pueden vivir juntos acaso fuera mejor separarlos...